



¡No volveremos a vivir dominados por el miedo!

El miedo, quizá, es el sentimiento que más aflora en nuestros discursos y emociones en los últimos días; parece que cumpliera una temporalidad de aceleración según nuestros estados de ánimo, llevándonos a episodios de desgaste personal y colectivo. En términos sociológicos, el miedo consiste en la reacción consciente a la percepción de peligro, que convoca a un ejercicio de movilidad o parálisis ante un daño esperado y que demanda huir de él o resistirlo; en ambos casos son imprevisibles sus efectos, pues por ser externo desborda las pretensiones de control, bloquea las opciones de salida, coarta la autonomía de acción y, en últimas, es contrario al ejercicio libertario de ciudadanía.

Del miedo se puede decir sin reservas que es universal, está en todas las sociedades, edades y prácticas culturales y políticas; se expresa en lo fisiológico con sintomatología tanto corporal como mental, se exterioriza con estados de angustia e intimidación y es común tanto en animales como seres humanos. Parece ser un sentimiento que nos aborda por el solo hecho de estar vivos con acciones sistemáticas que generan experiencias de altísima ansiedad, como afirmaba Locke, “es como una ligera sensación quemante que nos impulsa más poderosamente que aquello que nos genera placer”. El miedo recoge lo que la gente siente, enseña qué es lo que está sucediendo, es un medidor de realidad.

La experiencia del miedo no es fortuita, siempre deja evidencia de que es externa y que sus efectos en quien lo experimenta son negativos, pues llevan al sujeto a sentir la impotencia, angustia ante la crueldad, temor de caer en la miseria social y el horror de encontrarse desamparado. El miedo nos revela en la experiencia personal que el mal existe y nos lleva bajo presión a volver a nosotros mismos para buscar seguridad. Si bien, es tan antiguo como la vida, los momentos de crisis son escenarios ideales para enarbolar su presencia, convirtiéndonos en sujetos aislados, temerosos y vacilantes, poniendo un velo entre nosotros y los otros que nos impide ver el verdadero origen de las injusticias y las controversias subyacentes en el ambiente, las cuales están haciendo de ese “otro” depositario de nuestros miedos en niveles que a veces rayan con el pánico.

El miedo tiene un desarrollo contradictorio: en lo personal es señal de fragilidad y en lo político de precaución. En el ámbito personal, hemos sido educados para erradicar el miedo; desde nuestros primeros años nos forman para vencerlo, por ejemplo, “no temer caer, cuando aprendemos a caminar”, “actuar según nuestras convicciones así llevemos la contraria”, “expresar lo que pensamos pese a que no piensen igual que nosotros”, y el no hacerlo da la sensación de que somos inseguros y nos hace ver como personas frágiles. Sin embargo, cuando invocamos el miedo como determinante a la hora de tomar una decisión en escenarios públicos de interés colectivo, como “no cambiar de modelo político porque no sabremos los resultados”, “no invertir el dinero por la fragilidad de los mercados”, o “no articular con determinado grupo social porque no sabemos su reacción”, damos la sensación de ser una sociedad precavida y planificada que estudia los efectos antes de tomar decisiones. En suma, el miedo en lo privado es sinónimo de debilidad y en lo público es herramienta política de control.

www.caribeafirmativo.lgbt

info@caribeafirmativo.lgbt / caribeafirmativo@gmail.com

Barranquilla - Cartagena, Colombia.

[@caribeafirmativ](https://twitter.com/caribeafirmativ)

[Caribe Afirmativo](https://www.facebook.com/Caribe-Afirmativo)



En los últimos años, el miedo ha tenido un gran desarrollo como “uso político”, validando su existencia como instrumento de poder, cada vez mayor en las sociedades capitalistas modernas, convirtiéndose en un ejercicio catalizador y comunicador de la sociedad de control. Pues lo que se comenzó a configurar en la “guerra fría”, que tiene su cumbre en los “ataques terroristas”, logro hacer de este un mecanismo de estabilidad de los Estados hegemónicos que usan el miedo para gobernar, frente a una sensación de desestabilidad de los Estados receptores de control que sienten miedo a la hora de actuar. Esta nueva forma de configurar el mundo, ya no desde la confianza, sino desde las inseguridades, relaciones no desde el reconocimiento, sino desde la denuncia de prácticas “sospechosas”, hicieron del miedo el prerrequisito de la vida misma tanto en la intimidad como en las relaciones sociales; como dice Kierkegaard: “en la realidad de la libertad como posibilidad antes de la posibilidad”.

En épocas de pandemias, crisis socioeconómicas y catástrofes naturales el miedo tiene un mayor nivel de desarrollo. En la crisis de 1930 en los Estados Unidos, el candidato Roosevelt recorría los Estados y ante su encuentro con escenas de angustia, temor y desesperación, por la agudización de la pobreza, el desempleo, el hambre, la amenaza de muertes y la falta de esperanza en el futuro, escribió en su diario la frase de Montaigne: “a lo que más le temo es al miedo”. Luego, el 3 de marzo de 1933, el día de su posesión como el presidente que restableció el “Estado de bienestar”, pronunció ante la multitud la frase: “cultivemos la confianza en nosotros mismos... a lo único que le debemos tener miedo es al propio miedo... el Estado tiene que trabajar primero contra el miedo para que el bienestar colectivo no sea perjudicado”.

Casi cien años después, ante el fallido Estado de bienestar y el regreso de las crisis mundiales, las catástrofes y la pandemia, reaparece el uso institucional del miedo, tanto como herramienta que le pertenece al individuo y con la cual se le invita a ser consciente de su debilidad y precariedad, y del Estado para usarlo como el impedimento más letal de la libertad, que re-potencializado por los mecanismos de comunicación, cotidianamente, con sus datos y decisiones, busca conducirnos a tener miedo al miedo, ya no el miedo de la sociología moral de vernos humillados por nuestra debilidad, sino un miedo político e institucional a resbalar, no rendir y a profundizar la precariedad.

El aislamiento social nos ha recordado la existencia de las políticas del miedo y del uso que hacen de estas los Estados, con el fin de agudizar su control sobre las comunidades a partir de indisponernos unos contra otros. En el ambiente se respira una sensación de amenaza: 1. Miedo a los demás, con los que hace unas semanas transitábamos las calles o compartíamos el autobús; 2. Sensación de ver en quien es más vulnerable una amenaza, haciéndole creer que es por su identidad; 3. Expresiones verbales, físicas y simbólicas cargadas de odio que reflejan la sensación de que el otro, con el que construyo mi espacio social, me pone en peligro; 4. Aumento de inseguridades y desconfianzas en la reconstrucción del espacio público, las cuales avizoran prácticas asimétricas haciendo que los encuentros transiten desde las situaciones deseables a las situaciones condenables.

www.caribeafirmativo.lgbt

info@caribeafirmativo.lgbt / caribeafirmativo@gmail.com

Barranquilla - Cartagena, Colombia.

[@caribeafirmativ](https://twitter.com/caribeafirmativ)

[Caribe Afirmativo](https://www.facebook.com/Caribe-Afirmativo)



Heidegger creía que el miedo era una oportunidad de cambio y de reinención, que convoca a la integración para la transformación. Ahora bien, ya que no podemos evitarlo, sí podemos arrebatárselo a los Estados el uso desmedido que hacen del miedo para controlarnos; y si bien es constitutivo a nuestra vida y a las relaciones sociales, no debe condicionarnos. Asumamos enfrentarlo bajo la consigna de construir una sociedad justa, donde reconocemos la dignidad y la integridad de los individuos, aseguramos esferas sociales de acción, buscamos erradicar de nosotros mismos imaginarios morales cosificantes y prácticas de humillación hacia el otro, y, finalmente, fortalecemos la confianza en nuestro proyecto de vida, en la contribución de los otros y del entorno para que luego de la pandemia podamos hacer posible la sociedad que queremos. Serán estas las mejores herramientas para que las políticas del miedo se reduzcan a su mínima expresión, dando paso a las políticas de la confianza social.

Wilson Castañeda Castro

Director

Corporación Caribe Afirmativo

www.caribeafirmativo.lgbt

info@caribeafirmativo.lgbt / caribeafirmativo@gmail.com

Barranquilla - Cartagena, Colombia.

[@caribeafirmativ](https://twitter.com/caribeafirmativ)

[Caribe Afirmativo](https://www.facebook.com/Caribe-Afirmativo)